

Dios es fuente de nuestra felicidad

La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder (CD 2,23,1).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

San Agustín dice que el camino a la felicidad está en Dios. Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito. Concibe la felicidad como gozo de la verdad. Cada hombre es lo que ama. Su experiencia de la felicidad en el camino la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes; el que tiene a Dios lo tiene todo; el que tiene todo menos a Dios no tiene nada. No es lo mismo vivir que vivir felizmente (C 13,4,5). Lo que amas eres: Tarde te amé.

La dificultad no está en que seamos felices, no hay problema con ser feliz. El problema llega cuando hacemos de la felicidad una meta que debemos y tenemos que alcanzar. Cuando esto sucede, entonces pensamos que Dios existe para que seamos felices y esto es un pensamiento peligroso. La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Porque quien es auténtico, asume la responsabilidad por ser lo que es y se reconoce libre de ser lo que es.

Permítanme comenzar este artículo, Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito, con esta anécdota: Las 3 Peticiones de un Hombre.

“Antes de morir un hombre hizo 3 peticiones:

- Que su ataúd fuese cargado por los mejores médicos de la época.
- Que los tesoros que tenía fueran esparcidos por el camino hacia su tumba.
- Que sus manos quedaran afuera del ataúd a la vista de todos.

Alguien asombrado preguntó: ¿Cuáles eran las razones de su petición? Él explicó: Quiero que los más inminentes médicos carguen mi ATAÚD para demostrar que ellos no tienen ante la muerte el poder de curar. Quiero que el SUELO sea cubierto por mis tesoros materiales, para que todos puedan ver que los bienes materiales aquí conquistados, aquí se quedan. Quiero que mis MANOS queden descubiertas, para que las personas vean que venimos con las manos vacías y con las manos vacías partimos y al morir nada material nos llevamos”.

Moraleja:

1. El tiempo es el tesoro más grande y valioso que tenemos, podemos producir más dinero, pero no más tiempo para prolongar la vida. Cuando le dedicamos tiempo a una persona, le estamos entregando parte de nuestra vida, y es algo que nunca podemos recuperar. El mejor regalo que le proporcionas a alguien es tu tiempo, pues, para este hombre de las tres peticiones, su tiempo fue demasiado breve. Las lágrimas son la sangre del alma.
2. Agustín dice: Si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama. Para este hombre de las tres peticiones, le faltó mucho amor. Nadie es feliz contra su voluntad.
3. El Papa Francisco manifiesta que el hombre de hoy debe mirar el pasado con gratitud. Vivir el presente con pasión y de abrazar el futuro con esperanza. El hombre de las tres peticiones, se quedó en su propio mundo. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado.

4. Al hombre de las tres peticiones, le faltó ser más consiente de la realidad que debe emprender y de estar capacitado para enfrentarla con retos y proyectos que van surgiendo. El tiempo es un juez tan sabio, que no sentencia de inmediato, pero al final da la razón a quien la tiene.
5. El peor error del hombre de las tres peticiones, es creerse que tiene a alguien asegurado. Nadie es dueño de nadie. Nadie es propiedad de nadie. El amor es trabajo diario. Lo que descuidas lo pierdes. La verdadera perfección del hombre es descubrir sus propias imperfecciones.
6. Para el hombre de las tres peticiones, fue tarde encontrarse a sí mismo, pues, en la vida ni se gana ni se pierde, ni se fracasa ni se triunfa. En la vida se aprende, se crece, se descubre; se escribe, borra y reescribe; se hila, se deshila y se vuelve a hilar.

Como desenlace de esta anécdota, Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas.

En este artículo, Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito, presentaré siete aspectos fundamentales:

1. Fundamentos de la felicidad en Agustín.
2. Algunos antecedentes de Agustín de Hipona.
3. Dios, camino a la felicidad.
4. Nadie es feliz contra su voluntad.
5. Lo que amas eres: tarde te amé.
6. Cada hombre es lo que ama.
7. Dios, felicidad del hombre.

Agustín descubre que el amor es la belleza del alma, pues, la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se defenderá a

sí misma. La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conferir (CD 2,23,1). Nadie es feliz contra su voluntad.

1. Fundamentos de la felicidad en Agustín

En Agustín el camino a la felicidad es la sabiduría que se encuentra en las honduras de uno mismo, que nos muestra a Dios y que se revela a través de la razón. Agustín indagaba la fe a través de la razón y Cristo era el centro de su búsqueda.

Con Agustín la persona humana distingue a lo largo de su vida varios cambios de grandeza. Dios debe custodiar no sólo cada pensamiento sino también el sentir del corazón, ya que es el lugar donde almacenamos todo lo que somos. El hombre perennemente lucha por su felicidad, pero si lo hace en sus propias fuerzas tendrá tiempos pasajeros de permanencia emocional, más si aguarda en Dios va a tener luchas y pruebas, pero su sentimiento perdurará.

La discrepancia primordial entre el gozo y la felicidad es que una es un estado mental y la otra un estado de ánimo. Este estado de ánimo es transitorio, ya que depende de bienes materiales, circunstancias o de personas que tengan que ver con lo anterior. Si se daña el bien material, si cambian las circunstancias o si alguien nos traiciona, nuestro estado de ánimo cambia y dejamos de ser felices.

Sin embargo, el gozo (que es parte de nuestro carácter) está basado en el carácter inmutable de Dios y lo que ha hecho. La Sagrada Escritura nos da algunas fuentes significativísimas de nuestro gozo:

- Nuestra Fe (Rm 15,3; Flp 1,25).
- Nuestra Salvación (Salmo 9,14; Flp 4,4).
- La Vida Eterna (Salmo 16,11; Rm 14,17).

Esto representa que nuestro gozo no viene de nada en la tierra. Es por esto que nuestro gozo puede subsistir a pesar de nuestras circunstancias terrenales, porque no viene ni depende de nada aparte de Dios.

Dice Agustín, cuando un hombre descubra sus faltas, Dios las cubre. Cuando un hombre las esconde, Dios las descubre, cuando las reconoce, Dios las olvida. Caminamos buscando la felicidad y ella ya está aquí, ha estado desde siempre; insistimos en encontrarla afuera, en las esquinas del mundo, cuando jamás ha salido de nuestro templo.

El año 386, fue decisivo para san Agustín, por el bautismo que recibe en Milán, es el mismo año en que compuso el libro sobre la Vida Feliz.

Así comienza el libro:

“Si al puerto de la filosofía, desde el cual se procede a la región y a la tierra de la felicidad, ¡oh ilustre y magnánimo Teodoro!, condujera el camino guiado por la razón y la voluntad por sí misma, no sé si audazmente podría afirmar que llegaría allá un número muy inferior de personas, aunque ahora también, como vemos, son muy pocos los que llegan” (Vida feliz 1).

En Agustín el objeto de la felicidad está en que todos queremos ser felices. La felicidad reside en la perfección del alma. Somos demasiado débiles para descubrir la verdad por la sola razón.

Entiende la felicidad como gozo de la verdad, pues quien goza de la verdad goza de Dios, por quien son verdaderas todas las cosas. Lo que el hombre sabe lo sabe por Dios quien lo ilumina y le hace participar del porqué de las causas últimas, que no son entendibles por medio de la razón.

El que está lleno de amor está lleno de Dios mismo. Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando. En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas.

La felicidad va por la vida vestida de instantes, y para descubrir esos instantes hay que habitar el presente.

Dios es tu todo: si tienes hambre, es tu pan; y si tienes sed, es tu agua; y si estás en la oscuridad, es tu luz, que permanece siempre íntegra; y si estás desnudo, será tu vestido de inmortalidad, cuando todo lo que es corruptible se vista de incorruptibilidad y lo que es mortal se vista de inmortalidad (TEJ 13,5).

2. Antecedentes de Agustín de Hipona

El obispo de Hipona nace en Tagaste, una ciudad de la actual Argelia, el 13 de noviembre de 354. Patricio era su padre, un funcionario romano y su madre, santa Mónica, era una cristiana devota. Estudió Artes Liberales (trívium: dialéctica, retórica y filosofía y cuadrívium: aritmética, geometría, música y astronomía) y en 370 se fue a vivir a Cartago, donde tuvo contactos con el maniqueísmo, una doctrina religiosa que se caracterizaba por la creencia en la existencia de dos principios contrarios que luchan entre sí: el bien y el mal.

En 383 partió con destino a Roma, donde obtuvo el puesto de orador en la corte imperial de Milán. En esta ciudad, Agustín asistió a las prédicas del obispo Ambrosio, quien lo acercó a la fe cristiana. En el año 386, Agustín sintió una voz que clamaba: “tolle, lege”, y que traduce: “toma, lee”. Esto lo provocó a leer la “san Pablo a los romanos”, en la que encuentra las siguientes palabras que finalmente lo llevaron a la conversión: “Como en pleno día, procedamos dignamente: basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la carne” (Rm 13,13-14).

Luego de este episodio, Agustín fue bautizado por san Ambrosio el 24 de abril de 387, se ordenó sacerdote en 391 y se consagró como

obispo cuatro años después en la ciudad de Hipona, actual Argelia, donde murió el 28 de agosto de 430 durante el sitio de los vándalos.

3. Dios, camino a la felicidad

Agustín expresa que Dios, camino a la felicidad. Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes (S 272A). La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios. Agustín enseña que la felicidad radica en el proceso de tomar con alegría lo que la vida nos proporciona.

El camino a la felicidad está en Dios. Ofrece el apartado 12 de la obra *Sobre el Libre Albedrío* a explicar la existencia de una verdad fuera de nuestra inteligencia y Superior a ella. Cimentada su prueba en el hecho de que diversas inteligencias ven una misma verdad, y, por otra parte, esas inteligencias son versátiles, y la verdad, inmutable. Por lo tanto, existe una verdad Superior a nuestra razón. Esa verdad debe de ser nuestro Sumo bien.

En la pluma de varios escritores, la felicidad como camino se alcanza mediante el acercamiento o unión de uno mismo con Dios ya que es este el único que puede proveer el llamado Bien supremo. Lo que coinciden todas las reflexiones es que lo que todas las personas quieren es ser felices, pero siempre se tropiezan con la dificultad de no saber cómo lograrla y se delimitan a bienes materiales como, por ejemplo, el dinero, los placeres y otros.

Pero, con san Agustín, tratamos de hacer ver a las personas que la única manera de llegar a ser felices es mediante la unión con Dios con el uso de la razón que estas personas mantienen y además hacer ver que actualmente algunas personas se equivocan respecto a que la religión no usa la razón para fundamentarse. La felicidad engañosa es la más grande desdicha (CS 129,1).

Deseando toda la felicidad, muchos ignoran el modo de llegar a ella. Agustín expresa que todas las personas quieren ser felices y susten-

ta que no vamos a ser felices si no gozamos de Dios como fuente de nuestra felicidad. Pues, para ser felices se necesita perfeccionar algo más que el cuerpo, que en este caso sería el alma ya que esta es superior al mismo cuerpo y que para ser felices hay que buscar algo que la perfeccione, pero la debe de buscar dentro o fuera de esta. No puede ser buscada dentro ya que no estaría perfecta y que debe ser buscada fuera del alma la fuente de su perfección, solo quedaría Dios buscar aquellas virtudes que perfeccionen el alma y que por tanto haga feliz al hombre.

El camino a la felicidad es la sabiduría en Dios. Esta felicidad es la sabiduría, el conocer y poseer la verdad que solo se puede hallar en Dios que para Agustín es el bien Supremo del hombre y solo con este bien supremo se puede llegar a la felicidad. Los hombres están siempre dispuestos a curiosear y averiguar sobre las vidas ajenas, pero les da pereza conocerse a sí mismos y corregir su propia vida.

El Papa Francisco dijo que hacer el bien a todos, sin importar quién sea el otro, es un bello camino hacia la paz y es un deber de toda persona sin importar si es creyente o no. El Papa precisó además que hacer el bien no es cuestión de fe, es un deber, es un carné de identidad que nuestro Padre ha dado a todos porque nos ha hecho a su imagen y semejanza. Y Él hace el bien siempre.

Definitivamente, podemos evidenciar que la filosofía cristiana sí puede fundamentar la intervención de Dios en la felicidad mediante la razón y la fe que la complementa. Esto lleva al descubrimiento, para algunos, de que la única manera de ser felices es incluyendo a Dios en nuestras vidas mediante la verdad y las virtudes que nos asemejarán más a él, pero siempre teniendo en cuenta que son los actos que hacemos los que tienden a la felicidad y que estos deben de ser posibles ya que si fueran actos imposibles esto generaría frustración para el hombre y rechazaría momentáneamente la posibilidad de ser feliz.

En Agustín es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco,

se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja.

4. Nadie es feliz contra su voluntad

En Agustín no basta con conocer; es preciso saber. Nadie es feliz contra su voluntad. ¿Todos queremos ser felices? Tropezamos con la pregunta que lleva a recapacitar de sí, ¿todos queremos ser felices?, que Agustín dirige a sus interlocutores en su libro *De la vida feliz*, se la hace cada hombre, bajo una u otra forma, en la trayectoria de su vida.

Nadie es feliz contra su voluntad. Si anhelamos entender lo que significa la felicidad, concibiendo una definición, nos afrontamos con una innegable confusión, con una vacilación ardua de disipar: ¿Es posible alcanzar la felicidad y atesorarla o solo se puede aspirar a momentos felices? ¿Existe un camino que garantice ser feliz? ¿Existe la felicidad? ¿Es un mito, una abstracción o algo que efectivamente se puede alcanzar? Y si es posible conquistar la felicidad, ¿alcanzarla de qué depende? ¿De lo que cada uno haga? ¿De las circunstancias que nos rodean? ¿O de lo que el azar acerque a nuestra vida?

De inmediato confesamos que la felicidad no se reduce a la suerte afectiva de un cuerpo apropiado a su medio. El hombre debe reflexionar para edificar su vida según unos valores. No puede repudiar ni su libertad, ni su responsabilidad ante el compromiso voluntario de su acción. Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado.

Ser feliz supone que el hombre sea capaz de lograr un equilibrio que supere sus objeciones y sus conflictos. Si el hombre quiere ser feliz, no debe olvidar que la felicidad es el resultado de una conquista primero sobre él mismo y luego sobre un mundo en el que debe tener en cuenta no puramente las fuerzas naturales, sino también a los demás hombres. Si quieres cambiar tu vida, cambia tus deseos.

Estos dos filósofos Séneca y Agustín coinciden en sus tratados que vivir feliz todo el mundo lo desea, pero descubrir en qué consiste lo que hace la vida feliz nadie lo ve claro, pues cuanto más la buscamos más nos alejamos de ella. Para estudiar en qué consiste el objeto de nuestras aspiraciones escribe su pequeño tratado De la vida feliz.

En una de sus primeras consideraciones Séneca advierte que debemos cuidarnos de no seguir como borregos el parecer de la mayoría, pues no suele ser nunca un criterio fiable de verdad, sino todo lo contrario. Delibera Séneca que hay una mejor luz para discernir lo verdadero de lo falso, en la propia alma, donde se puede revisar la vida y descubrir que muchos deseos y trabajos no nos dan ninguna felicidad. Cuando se trata de aprender no hay viejos ni jóvenes.

Anotamos que Agustín asimismo buscó la felicidad por diversos caminos. Aplicó su formidable inteligencia a indagar sobre ella y llegó a la solución de que la vida feliz consiste en gozar de la Verdad (con mayúscula). Aunque todos confiesen preferir la verdad a la mentira, no buscan la verdad absoluta que sirva de apoyo a todas las demás. Muy diferente al relativismo que nos carcome proclamando, sin rebozo, que todas las verdades son similares e invocando la tolerancia, nos blanda buscar la verdad absoluta sobre la que edificar nuestra vida. Pues, cada día somos menos felices y hemos llegado hasta confundir la felicidad con el estado de bienestar, cada día más estropeado. Nadie es feliz contra su voluntad.

5. Lo que amas eres: tarde te amé

Agustín dice que haz lo que debes hacer y hazlo bien. Lo que amas eres. Esta es la única forma para alcanzar la perfección. La medida del amor es el amor sin medida. El camino a la felicidad está en Dios, dentro de nosotros. Solo hace falta que aclamemos: ¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti! (C 1,1,1). Con estas palabras, que se han hecho célebres, Agustín se dirige a Dios en las Confesiones, y en ellas está la síntesis de toda su vida.

Esta inquietud me conmueve y me hace reflexionar. Desearía partir de una pregunta: ¿qué inquietud primordial vive Agustín en su vida? O tal vez debería decir más bien: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Expreso tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor. Las tres me llevan a estar con Dios, a estar en el camino de la felicidad y a ser feliz. Mi amor es mi peso. Soy llevado hacia lo que amo (C 13,9,10). Y el amor nace de lo más profundo de mi corazón. Por eso, de rodillas, vuelvo a pedirle a Dios como el salmista: “Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal 51,12). Quiero vivir para amar, quiero ser llevado por el amor. Quiero, como Agustín, como tantos más de ayer y de hoy, “vivir de amor y morir de amor”. Lo que amas eres.

Con Agustín, complacerse de la felicidad es un derecho que todos los hombres tenemos, forma parte del ideal de cada hombre y también del designio de Dios. ¿En dónde la buscas?, ¿ya la encontraste?, ¿te interesa conseguirla?, ¿qué medios estás poniendo para poseerla? Varias veces la buscamos fuera en las cosas que se nos muestran cordiales, buenas y en otras no tan buenas. La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía.

Agustín en un instante de su vida estuvo sediento de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un momento de lucidez y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en sus confesiones:

*¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,
y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,
me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no existirían.
Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;*

*brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhele;
gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;
me tocaste, y deseo con ansia la paz que procede de ti (Conf. 10, 27,
29).*

Esta experiencia de la felicidad en el camino la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. Dios siempre está tratando de darnos cosas buenas, pero nuestras manos están muy llenas para recibirlas.

El camino que siguió hacia Dios fue más largo de lo que él hubiera querido, pero el Señor no demoró en transformar la pasión natural, la energía y la lucidez de Agustín para hacerlo un servidor suyo y de la Iglesia. Las perennes oraciones de Mónica, su madre, fueron así contestadas mucho más de lo que ella pudo haberse imaginado.

Sublimes las palabras de Agustín que luchó para alcanzar el camino de la felicidad, relatando cómo el Señor le trasladó de las tinieblas a la santidad. Qué gozo para el creyente comprobar esa “obra de arte”, que Dios hizo en Agustín.

Percibimos en Agustín el verdadero discernimiento, si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás: El camino a la felicidad. Que no puede ser otro que el que tiene a Dios como destino. Ciertamente, es el Señor quien nos socorre y nos salva de nuestra ignorancia de su voluntad, de nuestra incapacidad de cumplir sus mandamientos, pues, Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad. Cuando el Señor nos mira, aunque ve nuestros pecados, ve también aquello en lo que nos convertirá por su gracia. Aunque Él se hizo hombre, en realidad obraba nuestra alabanza.

San Agustín manifiesta lo que Dios le dice: “tú te transformarás en mí”. O como dice san Pablo: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Y quien vive en y por Cristo, tiene ham-

bre y sed de Cristo. Nos limpia, nos sana, nos libera del pecado, nos convierte en santos. Para ello nos creó, para ello nos eligió. Señor, sálvanos. Señor, santifícanos. Señor, sé el dueño de todo nuestro ser. Sé el Soberano de nuestras vidas y llévanos al Padre. De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón y está ya claro cómo la satisfacción de todos los deseos es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios (CD 5, pról.).

6. Cada hombre es lo que ama

Agustín dice que caminamos detrás de lo que buscamos y nuestra búsqueda va en pos de nuestro amor. Nadie duda que la virtud es la perfección del alma. Ahora bien, esta virtud, o es el alma misma, o es algo fuera de ella. En Dios tenemos el compendio de todos los bienes. Dios es nuestro Sumo bien. Ni debemos quedarnos más bajo ni buscar más arriba. Lo primero sería peligroso; lo segundo, imposible. Cada hombre es lo que ama.

La felicidad, de una forma u otra, siempre ha estado en el camino del saber y en algunos casos incluso ha llegado a convertirse en uno de las percepciones clave alrededor del cual surgieron diferentes escuelas de pensamiento. De hecho, la felicidad desempeñó un papel protagonista en la aparición y el desarrollo de la ética griega.

Los filósofos griegos se plantearon dos preguntas fundamentales: qué es la felicidad y qué hace felices a las personas. Sus respuestas dieron lugar a tres posturas diferentes:

a. La de Aristóteles, que afirmaban que ser feliz implicaba lograr la autorrealización y alcanzar las metas que nos hemos propuesto, logrando un estado de plenitud y armonía del alma. Esta corriente filosófica se conoció como eudemonismo.

b. Otros, afirmaban que la felicidad significaba valerse por sí mismos, ser autosuficientes y no tener que depender de nadie. En este sentido, los seguidores del cinismo afirmaban que todos llevamos dentro

los elementos necesarios para ser felices y autónomos, pero para lograrlo necesitamos seguir una vida sencilla y acorde a la naturaleza. Por su parte, los estoicos iban un paso más allá y afirmaban que solo se puede alcanzar la verdadera felicidad cuando se es ajeno a las comodidades materiales y se sigue una vida basada en la razón, la virtud y la imperturbabilidad.

c. Por último, la corriente del hedonismo. Su máximo representante, Epicuro, la felicidad personificaba experimentar placer, tanto a nivel físico como intelectual, huyendo del sufrimiento. No obstante, también indicaba que la clave para ser feliz radicaba en evitar los excesos, porque estos terminan provocando angustia. Epicuro apuntaba que se debe cultivar el espíritu sobre los placeres de la carne y que es imprescindible hallar un punto medio.

Cada hombre es lo que ama. En Agustín el camino a la felicidad se convirtió en un extenso proceso curioso en la historia de su vida. Vagabundó perdido durante décadas, sin ser capaz de ligarse firmemente a unas creencias o valores que dieran sentido a su vida. Prefirió por una existencia saturada de placeres que, lejos de hacerle feliz, le llevó a la más absoluta desesperación.

La vida de Agustín es un asombroso ejemplo del inmenso peso que pueden tener en nuestro futuro del saber que conservamos y los valores de identidad que la sustentan: El amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios en el camino a la felicidad, ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos.

Nadie da lo que no tiene y por lo mismo es significativo querernos a nosotros mismos para amar a nuestra familia. Qué bueno que veamos y percibamos nuestro error o falta y demos un paso al cambio libre y responsable. Que asumamos nuestra misión con amor y sacri-

ficio. Todo esto nos recuerda que algunas veces, realmente importa cómo concebimos las cosas y cómo las vamos situando en su justo lugar, para el bien de todos.

Recuerda que todas las personas nos equivocamos, aprende a perdonar. Pedir Perdón, no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar ya que enamorarse de Dios es el romance más grande; buscarle la mayor aventura; para encontrarlo, el mayor logro humano. No se entra en la verdad sino con el amor. Lo que amas eres. No es lo mismo vivir que vivir felizmente. Cada hombre es lo que ama.

7. Dios, felicidad del hombre

San Agustín dice “el hombre nuevo nace del viejo, porque la regeneración espiritual se inicia con el cambio de la vida terrestre y mundana” (CS 8,10). La felicidad del hombre es la felicidad del alma. La felicidad es Dios. Ninguno duda que la virtud es la perfección del alma. No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (VR 39,72).

En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización, que es parte de la naturaleza humana, las personas están llamadas a vivir en comunión con Cristo. Solamente el amor de Dios puede llenar al hombre plenamente. Como esta felicidad tan ansiada, este amor que no cesa es difícil de encontrar muchos se desvían en su búsqueda poniendo la felicidad en cosas, o personas que nunca van a dar la satisfacción plena. Otros desisten y otros desesperan.

Agustín al recordar escenas de su vida pasada de la lucha y renunciaciones del pecado para llegar a Dios, presenta que la felicidad del hombre es la felicidad del alma. Su objeto de felicidad residía en que todos de-

seamos vivir felices. No hay nadie en el género humano que no esté conforme con este pensamiento, aun Agustín antes de su lucha por encontrar a Dios. El amor es la belleza del alma. Ama a Dios, y haz lo que quieras.

Agustín en el año 382 se establece en Roma. Esta nueva etapa significará su acercamiento al neoplatonismo. La amistad con san Ambrosio, Obispo de Milán, y otros religiosos notables, será crucial para su posterior conversión al catolicismo. Agustín acude a Milán, primero conducido por la curiosidad. Desea escuchar al gran orador, Ambrosio.

Los sermones del pastor no solo le causan admiración por su elocuencia, sino que lo ayudan a disipar viejos prejuicios maniqueos contrarios al Antiguo Testamento. Ya catecúmeno va descubriendo la noción cristiana de Dios, atrayendo su alma inquieta. Pero todavía encuentra demasiados escollos en el camino. Le cuesta renunciar a los éxitos de la vida mundana y a las ambiciones retóricas.

Agustín libra aún un combate interior entre el escepticismo intelectual que lo retiene y el ideal de alcanzar la certeza en la fe cristiana. Se repite la experiencia del Hortensio, tropezando con unos libros de los neoplatónicos, “Sobre la belleza de Plotino” y “Sobre el retorno del alma” de Porfirio.

Estas lecturas le ayudan a superar un conflicto interior que había permanecido sin solución desde sus días de maniqueo: el problema del mal y el pecado. Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito. La felicidad está en la perfección del alma. La felicidad es Dios. Nadie duda que la virtud es la perfección del alma.

Todos y cada uno de los hombres pasan la vida buscando la felicidad eterna, el ser siempre felices. Se busca algo que nunca se acabe, una felicidad infinita que sea capaz de llenarle. Esto trae como consecuencia la necesidad de certezas, de algo en que agarrarse.

San Agustín interpreta las palabras del Apóstol: “Alegraos siempre en el Señor” (Flp 4.4-6). El Apóstol nos manda alegrarnos, pero no en el

siglo, sino en el Señor. Hay dos gozos diferentes: uno es el gozo de este siglo y otro el gozo de Dios. Hay dos gozos de Dios: uno en esta vida y otro en el cielo. Pero ¿cómo no me podré alegrar con el gozo de este siglo, si vivo en él? Levantándome sobre este mundo y pensando en Cristo. Cristo está cerca. En Dios tenemos el compendio de todos los bienes.

Recordar que para san Agustín “el amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios”.

Concluamos con estas palabras de Charles de Foucault:

Padre, me pongo en tus manos
*Padre, me pongo en tus manos.
Haz de mi lo que quieras.
Sea lo que sea.
Lo acepto todo con tal que tu voluntad
se cumpla en mí y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.
No deseo más.
Pongo mi alma en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor del que soy capaz.
Porque para mí amarte es darme
entregarme en tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre. Amén.*

